

he disparado sobre él, y supongo que no tenga como yo una placa en el pecho para que pueda protegerle.

— ¡ Oh ! Dios mío, vos le habéis muerto, exclamó Regina con terror.

— Lo ignoro ; pero en todo caso, si he causado este mal, más vale que haya sido yo el autor de él que no Petrus.

La princesa entonces recordó estas palabras del conde :
« Si yo le mato, le perderéis para siempre ; si él me mata, vos no podréis casaros con él porque tendrá tenidas las manos con la sangre de vuestro primer marido. »

— Dios mío, continuó enjugando el frío sudor que corría por su frente, ¿ qué ha sucedido ?

— Supongo que una cosa de que estoy seguro, dijo Salvador, y es que el conde ha sido herido porque le he visto caer. Por lo demás, si vos lo permitis, princesa, iré á convencerme de su verdadero estado.

— Salvador, sin escuchar las observaciones de Regina, se lanzó por la sombría calle de la enramada á cuyo extremo había visto caer al conde Rappt.

Sin embargo, al acercarse á él, Salvador cogió y preparó su segunda pistola.

La inmovilidad del conde podía ser por cálculo de una venganza cierta.

Pero Salvador advirtió en seguida que su cara, sonrosada de costumbre, estaba lívida en aquel momento, fuera por la muerte, fuera por la palidez de la claridad de la luna ; mas observando con más detención vió que la nieve estaba manchada y empapada de sangre.

Se aproximó á él, y advirtiendo que no respiraba, le puso la mano sobre el pecho.

No respiraba... la bala le había atravesado el corazón.

— Dios tenga piedad de su alma, dijo filosóficamente levantándose.

Después, volviendo á buscar á Regina :

— ¡ Princesa, la dijo, estáis viuda !

Regina ocultó su cabeza entre ambas manos.

Y aun se encontraban en esta posición, cuando de repente se dirigió hacia ellos, como si hubiera salido de la tierra, un hombre de elevada talla que con ambos brazos cruzados sobre el pecho, y mirando fijamente á Salvador y á la joven les preguntó con una voz grave :

— ¿ Qué ha sucedido aquí ?

CAPÍTULO VII.

EL MARISCAL DE LAMOTHE-HOUDÓN.

Ambos reconocieron al mariscal de Lamothe-Houdón.

— ¡ Padre mío ! exclamó la princesa aterrorizada.

— Señor mariscal, dijo Salvador inclinándose.

El anciano estaba solo en su cuarto, donde acababa de escribir las últimas líneas de su testamento y de poner en él su firma, cuando oyó el ruido de las dos detonaciones.

Aquel ruido le pareció venir del jardín, y con el mismo vigor de un joven se había lanzado al parque.

Quedó petrificado al advertir en aquella hora y con aquel frío intenso á la princesa Regina frente á frente con un hombre en que por su traje creyó reconocer á un mandadero.

Su admiración fué tan grande que no pudo formular más palabras que, las que hemos indicado de:

— ¡Qué sucede aquí!

Regina guardó silencio.

Salvador dió un paso hacia el mariscal, y después de haberse inclinado por segunda vez delante de él, le dijo:

— Si el señor mariscal quiere escucharme, voy á darle una explicación de cuanto ha pasado.

— Hablad, caballero, dijo severamente el mariscal, quienquiera que sea á quien pregunto, y por extraño que me parezca encontraros á semejante hora con la señora princesa.

— ¡Padre mio! exclamó la joven; vos lo sabréis todo, pero estad persuadido de que nada ha pasado que pueda avergonzaros.

— Entonces, hablad uno ú otro, dijo Mr. de Lamothe-Houdón.

— Puesto que vos lo permitis, yo soy, señor mariscal, quien va á tener el honor de daros la explicación que vos solicitáis, respondió Salvador.

— Como gustéis, caballero, dijo el mariscal, pero apresuraos, os lo ruego; y ante todo, tened la bondad de decirme á quién tengo el honor de saludar.

— Me llamo Conrado de Valgeneuse.

— ¡Vos! exclamó Mr. de Lamothe-Houdón, mirando al joven fijamente.

— Yo, señor mariscal, contestó Salvador inclinándose.

— ¿Con ese traje? preguntó el mariscal mirando el cuello y el pantalón de terciopelo del mandadero.

— En otra ocasión, señor mariscal, haría que concluyese vuestra admiración en cuanto á mi traje. Pero por

ahora, debéis fiaros en la palabra de la princesa que os asegurará la identidad de mi persona.

El mariscal volvió la cabeza hacia la joven como para interrogarla con la mirada.

— Padre mio, dijo Regina, os presento á Mr. Conrado de Valgeneuse, como el hombre más leal y más digno que he conocido después de vos.

— Hablad, pues, caballero, dijo el anciano volviéndose hacia Salvador.

— Señor mariscal, dijo éste, uno de mis amigos ha sido invitado por Mr. Rappt á venir aquí á este parque á las once de la noche: este amigo estaba ausente y yo he venido en su lugar, porque por ciertos indicios que conocía la señora princesa, me habían hecho creer que se le preparaba una emboscada.

— ¡Una emboscada! exclamó el mariscal.

— Sí; ¿creéis acaso al señor conde Rappt incapaz de semejante acción?

— Á ese miserable le creo capaz de todo.

— He tomado armas y he venido; pero apenas he penetrado en el parque, cuya puerta se hallaba abierta á prevención, he recibido en medio del pecho y por felicidad sobre mi placa, un balazo dirigido por un hombre que se ocultaba entre las sombras. Estaba preparado, os lo repito, y creyéndome en el caso de una defensa legítima, le he contestado del mismo modo.

— Y ese hombre, y ese hombre, preguntó el mariscal con una ansiedad imposible de describir, ¿quién era?

— Ese hombre, era el conde Rappt.

— ¡Él! murmuró sordamente Mr. de Lamothe-Houdón.

— Él mismo, señor mariscal.

— ¿Él? volvió á repetir con una rabia concentrada. ¿Según eso estará herido gravemente, quizá muerto?

— Muerto, señor mariscal; la bala le ha atravesado el pecho.

— ¡Muerto! repitió el anciano, con una ira creciente; ¡muerto! ¡y por mano de otro! ¡Oh! Dios no es justo.

— Señor mariscal...

— ¡Oh! ¿qué habéis hecho! exclamó Mr. de Lamothé-Houdón mirando al joven y derramando lágrimas de amargura.

— Perdonadme, señor mariscal, comprendiendo mal la causa del dolor del anciano; pero ante Dios os juro que no he hecho más que defenderme.

Pero el mariscal no le escuchaba, las lágrimas continuaban surcando sus mejillas, y cogía con su mano crispada sus blancos cabellos como si estuviera desesperado.

— Según eso, se decía á sí mismo, pero de modo que pudieran oírlo Salvador y Regina, he sido engañado durante veinte años, durante veinte años he tenido á ese reptil enroscado alrededor de mi pecho; ha llevado á mi pobre mujer á la tumba y ha sembrado en mi corazón el desconsuelo; ha concluido con mi felicidad; ha manchado mi nombre, y en el momento en que debía expiar todos sus crímenes recibiendo la muerte por mi mano, ha caído muerto á manos de otro.

Después en un acceso de cólera, exclamó:

— ¡Dónde está, donde está!

— Padre mío, padre mío, le interrumpió la princesa deteniéndole.

— ¡Dónde está! volvió á repetir el mariscal, como un hombre que parecía volverse loco.

— Padre mío, volvió á repetir Regina echándole los

brazos al cuello, vuestra frente está helada. Abandonemos el parque, volvamos á casa; yo os lo suplico.

— Os digo, que vivo ó muerto quiero verle, ¿dónde está?

— Vámonos, padre mío, insistió Regina haciendo un esfuerzo para obligarle á moverse.

— Yo no soy tu padre, exclamó con una voz terrible el anciano rechazándola con vigoroso brazo.

La pobre joven lanzó un grito tan agudo y doloroso que pareció dar el último adiós á la vida.

Ocultó su cabeza entre sus manos y fué á apoyarse contra un árbol.

— Señor mariscal, dijo Salvador, la señora princesa tiene razón, la noche está fría, y el frío podría perjudicaros.

— ¿Qué me importa la noche, y qué me importa el frío? exclamó el mariscal. Que haga el frío de mi cuerpo un mármol y que esta nieve me sirva de paño mortuario, me es indiferente.

— En nombre del cielo, señor mariscal, calmaos, esta exaltación puede seros fatal, dijo con dulzura Salvador.

— ¡Que me calme! ¡pero acaso no veis que mi cabeza echa fuego, que mi sangre humea, y que este momento en que os estoy hablando es uno de mis últimos instantes! escuchadme, pues, como se oye á un moribundo. Vos habéis muerto á mi enemigo, y yo deseo verle.

— Señor mariscal, dijo la pobre Regina, si no tengo el derecho de llamaros mi padre, vos no me negaréis el que pueda amaros como una hija. En nombre del amor y del respeto que siempre os he tenido, alejémonos de estos siniestros lugares. Volvámonos.

— No; dijo violentamente el mariscal, quiero verle y no penetraré en nuestras habitaciones hasta que le haya visto.

— Venid, pues, señor mariscal, continuó Salvador; voy a llevaros adonde se encuentra.

Y en seguida le ofreció el brazo.

Atravesaron con rapidez la calle de árboles que los separaba del cadáver. Cuando llegaron al sitio donde se encontraba tendido el conde, el anciano puso una rodilla en tierra, levantó la cabeza ya desfigurada de Mr. Rappt, y volviendo su rostro al lado de la luna y mirándole con los ojos llenos de furor y de odio le dijo:

— ¡Y no eres más que un cadáver, y yo no puedo abofetearte y destrozarte tu cara! Tu cuerpo es insensible y tu inercia me quita toda venganza.

Después, dejando caer nuevamente al cadáver, miró a Salvador con aire de despecho y le dijo:

— ¡Oh! desgraciado, ¿por qué le habéis muerto?

— Los arcanos de la Providencia son impenetrables, contestó Salvador.

Aquella escena era demasiado agitada para el anciano, y un rápido estremecimiento se apoderó de todo su cuerpo.

Salvador advirtió lo que pasaba por él, y le dijo:

— Apoyaos en mi brazo, señor mariscal.

— Sí, murmuró el anciano.

Después quiso pronunciar otras palabras, pero solamente pudo dejar oír sonidos no articulados.

Salvador le miró y advirtió su cara pálida, un sudor glacial que surcaba su frente y sus labios pálidos, le cogió en sus brazos lo mismo que pudiera haberlo hecho con un niño y atravesó nuevamente la calle de árboles, á cuyo extremo esperaba Regina con la frente baja y los brazos cruzados, llena de tristeza y resignación.

— Princesa, dijo Salvador, la vida del mariscal está en peligro; conducidme á su habitación.

Se dirigieron en seguida al departamento del mariscal y le colocaron desvanecido sobre el canapé de su alcoba.

— Es una congestión cerebral, dijo Salvador; pronto, princesa; llamad al criado del mariscal.

Y mientras Regina llamaba al criado y corría á buscar á Anita, Salvador desgarraba la manga del mariscal y sacando su estuche se disponía á sangrarle.

Un momento después, la vena abierta dejaba salir la sangre con abundancia.

El mariscal volvió á abrir los ojos.

En aquel momento Regina entró.

El mariscal de Lamothe-Houdón tendió hacia Regina el brazo que la sangría le dejaba libre.

— Venid, dijo á la princesa, y perdonadme mi dureza; he sido hace poco muy cruel para con vos, perdonadme porque soy muy desgraciado. ¿Queréis abrazarme?

— Padre mío, exclamó Regina, yo pasaré mis días en haceros olvidar vuestros dolores.

— ¡Tu vida sería de poca duración, pobre niña, si tú la midieses por la mía! dijo el anciano moviendo la cabeza: ¿no conoces que me quedan muy pocas horas de existencia?

— ¡Oh, no digáis eso! exclamó la joven.

Pero Salvador la miró de un modo que indicaba:

— ¡Perded toda esperanza!

Regina tembló, y bajó la cabeza para ocultar las lágrimas que se escapaban de sus ojos.

El anciano hizo seña á Salvador de que se aproximase á él.

— Dadme, le dijo con una voz débil, todo lo necesario para escribir; despachaos, porque mi vista empieza á turbarse.

Salvador acercó una mesa al mariscal, sacó de un capotapacio un cuadernillo de papel, y mojando la pluma en la tinta, se la presentó al mariscal.

En el momento de escribir, Mr. de Lamothe-Houdón se volvió hacia la princesa, y mirándola con una dulzura infinita, la dijo con voz paternal:

— Ese joven, á quien Mr. Rappt había tendido un lazo, ¿tú le amas, hija mía, ¿no es cierto?

— Sí, dijo enrojeciéndose la princesa, no obstante sus lágrimas.

— Pues recibe la bendición de un anciano, y sé dichosa, hija mía.

Después, volviéndose al lado de Salvador y tendiéndole la mano:

— Vos habéis expuesto vuestra vida, le dijo, para salvar la de vuestro amigo, vos sois digno hijo de vuestro padre. Recibid las gracias de un hombre honrado.

Su rostro se puso en aquel acto purpúreo, y sus ojos se inyectaron de sangre.

— Pronto, pronto, dijo, el papel.

Salvador se lo presentó.

Entonces el mariscal apoyó su brazo sobre la mesa y escribió con mano más segura de lo que podía esperarse en los supremos instantes en que se encontraba las siguientes líneas:

« Que no se acuse á nadie de la muerte del conde Rappt; yo he sido quien le ha matado esta noche en mi jardín por castigarle de un ultraje que necesitaba reparación.

» EL MARISCAL DE LAMOTHE-HOUDÓN. »

Se hubiera dicho que la muerte no esperaba más que el

último acto de abnegación de este hombre honrado para apoderarse de él.

Apenas había firmado la declaración que acababa de escribir, se levantó bruscamente, como movido por un resorte, lanzó un terrible grito, el último de la agonía y cayó repentinamente sobre el canapé, herido por la apoplejía.

.....

Al día siguiente, todos los diarios ministeriales anunciaron que el dolor de haber perdido á su mujer había conducido al mariscal á la tumba.

Se les enterró á los dos en el mismo cementerio y en el mismo sepulcro.

En cuanto al conde Rappt, conforme á una esquila dirigida al rey por el mariscal de Lamothe-Houdón y unida al testamento hecho el mismo día de su muerte, su cuerpo fué conducido á Hungría y enterrado en la villa de Rappt, lugar de su nacimiento y al cual había puesto su nombre.

CAPÍTULO VIII.

LIQUIDACIÓN.

Digamos nuestra opinión política. Aseguramos que el mejor de los gobiernos es aquel en que se pueda pasar sin ministros.